

mos: hizo el panegírico de Constantino y su *Historia eclesiástica*, que empieza con el origen del cristianismo y concluye en el concilio de Nicea; es la primera que se escribió en su clase, y en su introducción demuestra que comprendió mejor que sus anteriores el verdadero objeto de la historia y su modo de escribirla, y seguramente siempre serán una prueba de su filosofía y elegancia las siguientes palabras, que manifiestan lo que acabamos de decir acerca del modo de escribir la historia que debía tomar un nuevo aspecto. "Mientras, dice, que los demás cuentan las victorias y los triunfos de insignes capitanes, las hazañas de los héroes que han derramado su sangre en defensa de su patria, de sus hijos, de sus bienes, nosotros que escribimos la historia de una vida divina, tenemos que esponer guerras sagradas, hechas para la paz del alma y de la conciencia, en favor de la verdad y no de la patria, en obsequio de la piedad y no de las personas queridas: debemos confiar á los monumentos perpetuos de las letras la insigne constancia de los atletas cristianos, la invencible energía de sus almas, los trofeos erigidos por ellos contra los demonios, sus victorias invisibles á ojos mortales, las coronas de eterna memoria que les han sido adjudicadas." Esto hizo. Así el clero reformó la historia é hizo conocer la necesidad que tenía de la filosofía, y este es otro adelanto que debe el mundo á esta cla-

se tan enemiga de la ilustración. S. Nilo el mayor, tradujo el manual de Epitecto para uso de los cristianos; dejó capítulos parenéticos, y gran número de cartas en que espone la moral de una manera seductora.

Llegamos á S. Juan Crisóstomo, en quien se hallan reunidas armoniosamente la claridad y la naturalidad de la locución, la majestad de las ideas, lo patético de los sentimientos, el poder del raciocinio, la abundancia y osadía de las imágenes; y en una palabra, todo el arte y todos los encantos de aquel tiempo. Iniciado en todos los secretos del rico y elegante idioma de Atenas, sabían todos los resortes que pueden modificar y variar la palabra. Pinta con los mejores colores dramáticos la deformidad del vicio, y escita las pasiones en favor de la verdad, al mismo tiempo que se deleita diestramente de las ventajas que le proporciona su habilidad en hacer uso de la retórica y de la filosofía. Su estilo, siempre deslumbrador, y aquella abundancia admirable en sus discursos, le hacen mas propicio y ameno al oído que á la lectura. Su bella y rica imaginación debían darle un dominio asombroso sobre gentes que acababan de salir del paganismo, y á quienes su natural inclinación hacia atribuir un cuerpo á todas las cosas: todo este conjunto le valió sacar un admirable provecho de su auditorio y despertar los sentimientos mas profundos del corazón. Nadie

como él conmovia, nadie le igualaba en interesar, en todo halla recursos su ingenio; deduce de los mas estériles asuntos, dando forma y colorido á las ideas que parecen menos susceptibles de adquirirlo, sin descuidar jamas la ocasion de escitar la piedad y el afecto.

¿Quién registrando sus obras, no admira la dulce armonía con que se hermanan las bellezas naturales y los severos preceptos de la austera moral? “No se ha hecho, esclama, la noche para consagrarla enteramente al sueño. Ved á los artesanos, á los carreteros, á los mercaderes, y aun á la misma Iglesia, levantarse á media noche: levantaos, pues, del mismo modo y contemplad ese magnífico órden de estrellas, este profundo silencio, esta inmensa tranquilidad. A esta hora el alma se siente más pura, más ligera, más elevada: mueven á la compuncion el silencio y las tinieblas: yaciendo todos los hombres en sus lechos, cual si fueran sepulcros, ofrecen la imágen del fin del mundo. ¡Oh hombres! ¡Oh mujeres, doblad las rodillas, suspirad hondamente, orad! . . . Aquellos que tengan hijos despiértenlos; y durante la noche convertid en una iglesia vuestro aposento. Si son demasiado delicados para poder soportar la vigilia, hacedles que reciten una ó dos oraciones y acostadlos de nuevo, á fin de que se vayan acostumbrando á levantarse ¹.” Escribió, ademas, el *Sacerdocio*, obra en

¹ Hom. 26, in Act. Apost. 3. 4.

que el vigor del raciocinio no hace perder cosa alguna al calor del afecto. Sus tres libros sobre la vida *monástica*, en que defiende á los monjes de las burlas de su siglo, y manifiesta que el desprecio de las riquezas, de los honores, de la gloria, del poder temporal hacen al monje libre, poderoso, honorable y superior á todos los demas hombres. Sus homilías arrebatában el auditorio hasta el extremo de hacerle prorumpir en estrepitosos aplausos, y la magia de su estilo representa el pensamiento y le engalana con las espresiones mas adecuadas, claras para instruir, pintorescas para describir, enérgicas para exhortar, patéticas para enternecer ó para prodigar consuelos. Siempre hábil para sondear el corazon humano y descubrir sus vicios, los escudriña con insistencia y los pinta con severidad, aprovechando las ocasiones mas propicias para inducir al pecador á la enmienda. Sin embargo, sus obras de Constantinopla no ofrecen tan gran perfeccion; pero el cristianismo y el hombre científico, siempre verán en él el Demóstenes de la oratoria sagrada y el hombre que hizo renacer los bellos dias de la literatura griega, y á cuya presencia se marchitan los laureles en las frentes de aquellos griegos inspirados en las faldas hermosas del Pindo y en los vergeles floridos de Elicona, precisamente en el siglo IV, en medio de una decadencia general, entre el fragor de las armas de extranjeras inva-

siones y encarnizadas guerrillas, entre la molicie de una tosquedad afeminada, en medio del letargo de un desaliento profundo, en un tiempo, en fin, en que monarcas ineptos se hallan cercados de prostitutas y eunucos, cuando todo se plega bajo un orden tiránico ó yace en una vil indolencia, solo el clero conserva energía, solo él tiene virtudes, solo él anima el cadáver social y dá impulso y cultiva y fomenta las ciencias, la literatura y las artes, volviéndolas mejoradas á su primitiva grandeza.

En Occidente no era menor el movimiento intelectual ni menos sensible su progreso, ni era debido á otros que al clero sus adelantos: aquí, como allí, el saber y las virtudes estaban en el sacerdocio; aquí, como allí, se consagró al estudio; aquí, como allí, la literatura, que tocaba al abismo de su decadencia, fué elevada á una hermosa y deslumbradora perfeccion, merced á sus esfuerzos y trabajos: vámoslo á ver. En los primeros tiempos del cristianismo ningun escritor latino se dió á conocer primero que Tertuliano, y en los que mas tarde florecieron, si bien es verdad que no se halla la armonía del genio griego, ni su hermosa locucion, tienen en cambio mas uncion, y si es cierto agradan menos, tampoco puede dudarse que mueven de una manera mas segura; y así el desarrollo de las inteligencias fué menos refinado aunque mas original: se altera el idioma, es ver-

dad, pero reúne el estilo, y lo que falta á los escritos en correccion y pureza, se recompensa por la energía del sentimiento, por la riqueza de las imágenes, por la elevacion de miras, y especialmente por la novedad de la sustancia, mérito notable en una literatura que, desde su cuna, habia gastado el tiempo en fútiles arreglos y simples traducciones.

S. Gerónimo, arrastrado tanto en sus escritos como en su vida por su fogosa imaginacion, abunda en bellezas de primer orden, aunque estén mezcladas con algunas extravagancias. Su expresion es enérgica y natural; su vasta erudicion le suministra abundantes citas, y á no haber escrito tanto, hubiera sido mas correcto¹. Sin embargo, su rica y fecunda imaginacion logra engalanar los mas áridos asuntos, y prestan animacion á la lectura de sus obras, ráfagas de elocuencia y una dialéctica severa y apremiante: sus trabajos sobre crítica sagrada son de grande importancia: S. Dámaso le mandó revisar la version itálica de los santos Evangelios reputada como la mas fiel y exacta, aunque la habian corrompido las alteraciones y las interpolaciones, de modo que con el tiempo, los copistas, no distinguiendo el testo de las anotaciones, lo habian trascrito todo, de que resultó, segun el mismo S. Gerónimo, no cuatro

¹ Hubo dia que escribió mil líneas.

Evangelios, sino cuatro concordancias de los Evangelios, á lo que podemos añadir la poca ilustración de los copistas y la mucha presunción de los anotadores, y comprenderemos fácilmente que la forma del libro sagrado habia debido encontrarse sumamente alterada: para corregirle recurrió á revisar los textos griegos mas antiguos y compararlos; tambien corrigió los Salmos, el libro de Job y otros muchos que no han llegado hasta nosotros: luego hizo una nueva traduccion del antiguo Testamento que concluyó despues de quince años, y con tanta fidelidad que hasta empleó muchos giros hebraicos: tambien se sirvió de la version siríaca y árabe, de las latinas de Aquila, Teodosio y Simmaco, adhiriéndose con especialidad á la de los Setenta; y sin embargo de la oposicion que contra su obra se suscitó, la Iglesia la adoptó y vino á servir de base á la que declaró auténtica despues el concilio de Trento. Escribió asimismo comentarios sobre las santas Escrituras. Su *Cánon* es un modelo de *bibliografía* rápida y elocuente; las vidas de los Padres del desierto, la traduccion de la crónica de Eusebio, y ciento cuarenta y siete cartas que tratan de importantes cuestiones de exegesis y moral, y es lástima que en medio de tan ilustres trabajos tengamos que deplorar la virulenta controversia seguida con Rufino en la que ciertamente no brilla siempre la caridad cristiana.

Rufino comentó los pequeños Profetas, obra de no escaso mérito, tanto porque da una esplicacion exacta sin apartarse del sentido literal, cuanto por su moderacion respecto á los que le injurian. La simple lectura de las obras de S. Ambrosio basta para comprender su erudicion en los clásicos, y todos sus discursos abundan en giros y pensamientos sacados de los mas selectos autores. En el discurso á la muerte de su hermano Satiro, resalta esa dulce expansion del cariño que le hace esclamar en estas sentidas frases: "De nada me ha servido recoger tu inspiracion moribunda, haber apoyado mi boca en tus cárdenos labios. Esperaba hacer pasar tu muerte á mi seno ó comunicarte mi vida: ¡prendas crueles y dulces; abrazos infelices, en medio de los cuales sentí que su cuerpo quedaba yerto, estirado, y que exhalaba su último aliento! Le estreché contra mis brazos que se enlazaban á su cuello; pero ya habia perdido á aquel á quien acariciaba todavía. Aquel hábito de muerte de que me he penetrado, ha sido para mí un soplo de vida; ¡permítame á lo menos el cielo que purifique mi corazon y traslade á mi alma tu inocencia y tu dulzura!" En el exordio de este mismo discurso se eleva de las afecciones de familia á la contemplacion de las públicas desgracias, pero no son tan bellos ni su *consuelo* con motivo de la muerte de Valentiniano, ni el panegírico de Teodosio. Su obra mejor y mas estensa es la que

tituló: *De officiis ministrorum*, y en la que tratando de los deberes de los eclesiásticos desciende á los de los demas hombres, y con este motivo resuelve cuestiones de filosofia práctica: en el *Hexameron* esplica los seis dias de la creacion, para lo cual le sirvió de mucho Orígenes; pero donde encanta y arrebatada es en sus elogios de la virginidad, y era tal su inspiracion y facundia hablando de esta hermosa virtud, que los padres y los esposos se quejaban de que tan inmenso número de doncellas consagraran á Dios su pureza. En poesía aun nos quedan algunos himnos, cuya dulzura y bellezas les dan un lugar al lado de las obras mas eminentes de su clase ¹.

Claudiano Mamerto, uno de los mas distinguidos talentos de su siglo, escribió tres libros, en los que trata con mucha sagacidad y dialéctica, de la espiritualidad de las almas: S. Vicente de Lerins, publicó su advertencia contra las herejías condenadas en 431 en el concilio de Efeso, con exhortaciones á los fieles de seguir lo que ha sido profesado en todas partes, siempre y por todos. Los restos del paganismo, que aun quedaban, y las adoraciones que daba el mundo á las abandonadas deidades del viejo capitolio, inspiró á S. Máxi-

¹ Los himnos de que tenemos noticia son: *Deus creator omnium: Jam surgit hora tertia: Nunc sante nobis spiritus*, y en sentir de algunos el *Te Deum*, que otros atribuyen á Sisebuto, monje del Monte Casino, que debió vivir en el siglo VI.

mo de Turin, su *Tratado contra los paganos*. Allí reprende á los que aun adoran á Vénus, creen en Marte, y se acogen al amparo de otras falsas divinidades: allí hace brillar su elocuencia; allí refuta la doctrina del destino, y exclama: “¿Por qué adorais á vuestras divinidades? ¿Por qué inmolaís á los ídolos? ¿A qué vienen las plegarias y los inciensos, las víctimas, las ofrendas á los templos, si todo está preestablecido?” Luego, quejándose de la apatía de los magistrados en hacer cumplir los decretos imperiales, viendo observarse las candelas de Enero con su loca alegría, sus banquetes y su licencia: “Cada cual, dice, se levanta muy temprano para llevar pequeños dones, que llaman aguinaldos, y para saludar á sus amigos se les hace un regalo antes de darles los buenos dias. Se oprimen los labios, se estrechan las manos, no para que se crucen las nuestras de amistad, sino para que las cortesánías de la avaricia sean pagadas. De esta suerte, al mismo tiempo que abrazan un amigo, parece que le tantean. Luego, al tornar á su casa, llevan ramos como si hubieran consultado á los augures, y vuelven cargados con los dones recogidos, sin apercibirse de que son otros tantos pecados.” Las cercanías de Turin, aun permanecian infestadas de ídolos, y Máximo no cesaba de exhortar á que los derribasen y dejaran de practicar los sacrificios intemperantes y crueles, y á que no creyesen á los mágicos que se va-

nagloriaban de hacer descender del cielo la luna con sus encantos. ¡Tan arraigados estaban los ritos paganos!

Llegamos á S. Agustín: este hombre eminente, personificación en Occidente del Crisóstomo, dotado de una imaginación prodigiosa, de un entendimiento creador, sobresale entre los Padres latinos; y á manera de un río que, naciendo de pequeña fuente, en su larga carrera aumenta su caudal con las aguas de sus afluentes, hasta que su alveo se espacia y asimila un mar inmenso; así su genio fecundo, con la lectura continua, llegó á adquirir un caudal inesplicable de erudición y ciencia, y así todo lo supo y á todo se plegó su inteligencia. Metafísico, historiador, versado en el conocimiento de las costumbres y las artes, dialéctico sutil, orador grave y majestuoso, escribió sobre la música y trató los puntos teológicos mas arduos, describió la decadencia del imperio y analizó los fenómenos de la mente. Sabe vivificar con la elocuencia, asocia la imaginación á la teología, obran poderosamente sobre los espíritus africanos los brillantísimos pensamientos de aquella imaginación tan ardiente como el clima natal y la emoción extraordinaria con que los espresaba, lleno del espíritu evangélico habla mas al corazón, y lleva hasta el púlpito aquella viva ternura del alma que respiran sus *Confesiones*, y no le abandona ni aun en las áridas discusiones de la teología.

Sobresaliente en todos los ramos del saber humano, cuantas materias toca su pluma, adquieren una magnitud extraordinaria; todas las pinturas y descripciones que hace en sus escritos, están dibujadas con una verdad y precisión admirables: ¿se quiere formar una idea de la mala educación de la juventud cartaginesa? Pues bien, veamos los motivos que alega para dejar su patria y preferir las escuelas de Roma á las de Cartago; porque “en Cartago, dice, reina una libertad imprudente entre los estudiantes, que entran con audacia en las escuelas y perturban el órden y las reglas establecidas para la enseñanza.” Sus *Confesiones* no son una obra de cínico orgullo como las modernas, sino una esposición ingenua hecha á Dios de los combates que un alma honrada necesita sostener para pasar del mal camino al bueno, del error á la verdad, de las tinieblas á la luz. En su juventud se embriaga en los placeres y no se satisface, le disgusta la celebridad y corre con avidez en pos de la verdad y de la ventura. La naturalidad que resplandece en este escrito, así como su severa reflexión, y la tristeza sin desesperación con que el cristianismo dotó al hombre, son cosas enteramente nuevas, é ideas que nadie antes que él espresó. En sus *Sobiloquios* despliega una dialéctica fácil, unida á una imaginación llena de sensibilidad, y es admirable la descripción que hace de la lucha interior que agitaba su alma, y nada es capaz